

DE ARMAS AL PUEBLO

Por Isabel Peláez

Érase una vez una ciudad en la mitad de una planicie, rodeada de montañas y devorada por lenguas de odio y de desesperación. Y no muy lejos del calor de la llamarada, desde la ventana del internado María Auxiliadora, una joven veía las rejas de su casa perfilándose por entre la luz irregular que traspasaba el vidrio opaco y sellado por barrotes. Como carcajadas de un diablo sorprendido se oían disparos y bombas, todo estallaba aquella tarde en las calles y las lenguas tragaban casas y edificios con un gorgoteo al rojo vivo. La ciudad se veía arder desde las ventanas de aquel internado. Y en medio de su concepción de mundo e infierno, de su crianza conservadora y católica, se encontraba la joven asustada, mas no sorprendida, en medio de tanta desesperación.

No muy lejos venía el Negro, fiel servidor de su casa y su familia, caminando por el andén. Su gruesa piel del color del café se ceñía en preses y arrugas; su rostro estaba invadido por la angustia. Era feo pero adorado aquel negro con corazón de oso, adormilado por la lealtad y muy despierto de vez en cuando al oír la voz de la bella María Chiquita cantar supersticiones y regarlas por la casa de la familia mientras limpiaba o cocinaba.

Que la sacaran de su requinterna condición era razón para que la joven se extrañara, pero con el Negro ya casi tocando a su puerta no había tiempo para dudar si lo que sucedía era o no realidad. El brazo fuerte y decidido del negro se llevó a la joven Isabel cuatro cuadras hasta la reja de su casa, mientras que varios hombres con machete lo invitaban a tomarse una cerveza, a sentarse un rato o simplemente a armarse con lo que fuera y marchar hacia el Palacio de Justicia. Pero el Negro era firme y resuelto y llevó a Isabel a salvo a su casa aquella tarde de sórdida conmoción. Tras de sí, el Negro cerró la reja, apretando las manos alrededor del candado para asegurarse de que estuviera cerrado, como cuando sacaba el carro para llevar al señor de la casa o a su mujer a

alguna parte. Isabel vio su castillo, su puerta doble de madera maciza, y, arriba en la torre, la ventana de su cuarto.

Ese era el único castillo que pertenecía a la realidad. Era una pieza sólida de piedras ensanchadas. Las chimeneas de cada habitación calentaban de vez en cuando sus paredes gruesas, pero al amanecer la casa exhalaba la neblina fría de la mañana. El cuarto del carbón y la despensa estaban ubicados al fondo, cerca de la cocina y a la parte trasera del jardín, desde donde se alcanzaban a ver los establos, las vacas y las gallinas. Era la casa que don Ramón hubiera querido que su mujer viera completa antes de morir porque fue para ella fue que construyó ese palacio de cuento.

En la sala estaba su papá, conservador por comodidad, con su íntimo amigo Carlos, liberal de aburrimiento prolongado, tomando whiskey; ya habían preparado todo para irse a la finca en Fusa esa misma tarde, como hacían todos los fines de semana. Con los perros de cacería que criaban, los hombres de iban de caza. Don Ramón era un hombre querido, caritativo; un hombre de mundo y de la gente. Pero por su angustia de viudo prematuro no llevó a una vida consagrada a sus hijos sino que buscó una madre sustituta en otra mujer.

La Negra, mujer blanca como la nieve y de melena oscura y perturbadora, no tenía comida lista en las alacenas del castillo porque no había podido salir a traer cosas después de que empezó a arder la ciudad. Esos no eran tiempos para que nadie de la clase alta, y mucho menos una mujer de familia conservadora, saliera despreocupadamente a la calle. Habría que tazar la comida y medir las raciones para que duraran el tiempo necesario.

Isabel subió las escaleras, nadie se preocupó mucho por atenderla, y se sentó arriba en su cuarto con miedo en el alma y frío en las manos.

Esa misma tarde, por el ruido mortificante de las ametralladoras, se le cuajó la leche a la vaca. En la noche no hubo fluido eléctrico y el castillo quedó sumido en la oscuridad y el silencio. Las velas escaseaban y establecieron un régimen excesivo para conservar los pocos alimentos que quedaban para la semana. Las sombras de la noche acechaban las esquinas y los corredores de la casa, la única luz tendría que haber entrado por los

ventanales pero esa noche no hubo luna. Las sombras acabaron de allanar el castillo; la ciudad mantuvo la vigilia de una bestia, rugiendo mientras tras de sí no quedaban más que escombros.

Aparte de su padre Ramón, su madrastra, el Negro y María Chiquita, la única fuente de calor humano donde encontraba refugio Isabel era Samuel, el segundo de sus hermanos en orden de nacimiento que había llegado hacía poco a la ciudad. Samuel era un joven encantador; un hermano distante y despreocupado pero atento al cuidado de la casa y a los negocios. Junto con Isabel se hizo cargo de cuidar el castillo y dirigir los pormenores. Decidieron hacer rondas por los cuartos vacíos. Con las manos frías Isabel prendió una vela y caminó por sola por los corredores mientras su hermano recorría otras zonas de la casa. Como una veleta al viento, Isabel se encontró desconcertada ante tal oscuridad, por un momento todo adquirió un tono lúgubre y tenebroso, la piedra de las paredes parecía medieval y los cuadros parecían estar atentos. Las formas imperfectas de la silla eran muy difusas como para parecer objetos y a la vez muy poco orgánicas como para parecer animadas; daba la impresión de que la sala podía despertar y volverse un portal del Inframundo que acechaba desde afuera. Pero los gritos de la multitud, entre ellos gritos de mujeres, y el sonido con el que se descuartizaba su mundo fue más doloroso y mucho más real que una pesadilla: esa noche, cuando Isabel terminó la ronda, se dio cuenta de que ya no le temía a la oscuridad. Seguiría haciendo rondas por el tiempo que fuera necesario.

Una guardia de pinos altos y viejos cerraba la fachada de enfrente del castillo, y la calle, aunque alejada del mismo, se divisaba por entre las ramas y las rejas. Un hombre llevaba en su espalda un inodoro y no muy lejos otros llevaban una nevera. Estaban despedazando la ciudad, las casas de alguien y las tiendas de otros más. No tardó en llegar la noticia de que el cuidandero de la editorial de la familia, levantada desde cerros por su padre, casi se muere petrificado del miedo y del hambre cuando la turba la hizo arder en llamas cual profana librería medieval. Los libros de colegio, los primeros libros impresos en Bogotá, las enciclopedias, las novelas, todo quedó hecho añicos bajo el odio del pueblo. De la editorial no quedaba nada, en el centro de Bogotá todo estaba destruido.

María Chiquita, futura moza del Negro y mujer joven y bella del algún pueblo de por allá, juró aquella mañana ver la cara de Gaitán levantarse entre los cerros, custodiada por Monserrate y Guadalupe, y echar la bendición a su pueblo querido. María lloró, conmoviendo el corazón de oso de aquel negro valiente, pero conmocionando poco al resto de la familia. Cuatro días después de que el pueblo hablara, llegó el final, nunca tan súbito ni tan atroz como aquel principio de 9 de abril.